

---

# MULTIPLICAR MUELLES FRENTE AL MAR. EN TORNO A LA NECESIDAD DE LA INTERDISCIPLINARIEDAD

PAULINA RIVERO WEBER

¿Qué conocen los ingleses, si sólo Inglaterra conocen? Este viejo dicho implica ya una respuesta a la inquietud por la pertinencia de perspectivas diferentes para la comprensión de la propia. En efecto, ¿qué se puede conocer a fondo si únicamente se cuenta con una perspectiva sobre el objeto de estudio? El tema resulta ineludible, porque hoy en día la así llamada “interdisciplinariedad” se ha puesto en boga. Los discursos de los administrativos de la educación no dejan pasar una oportunidad para mencionar la importancia de la interdisciplinariedad, los proyectos académicos la buscan, pareciera ser que se ha encontrado la nueva panacea. Y, a pesar de ello, la apertura a la interdisciplinariedad no parece llegar. En la mayoría de los centros de enseñanza sigue privando una especie de cerrazón, de gusto por conservar el saber en la pequeña provincia de origen.

Existen muchas áreas de estudio que por sí mismas patentizan la urgencia de adoptar la interdisciplinariedad. Pensemos en la bioética: ésta sólo existe sumergida en la misma interdisciplinariedad. Cualquier científico que quiera manejar problemas de bioética se ve arrojado inevitablemente a la filosofía, en la misma medida en que cualquier filósofo que quiera analizar este tipo de cuestiones requiere el saber de las ciencias. Pero existen en otros ámbitos en donde la necesidad de la interdisciplinariedad es menos patente, y aun así, como veremos, resulta necesaria.

Lo anterior lo ejemplificaré de dos diferentes formas, ambas provenientes de estudios de filosofía comparada que en el habla inglesa se conocen como “East-West Studies <sup>1</sup>”. Para ello será necesario esclarecer las bases desde donde ha surgido esta forma de pensamiento, esto es, será necesario exponer qué condiciones han originado la necesidad de este tipo de estudios que parecen nacer en el seno de la interdisciplinariedad.

La filosofía, tal y como le hemos conocido hasta ahora en nuestras universidades, ha sido la así llamada “filosofía occidental”. De manera un

tanto provinciana, hemos creído que ella es “la” filosofía, y hemos mantenido nuestros planes de estudio ajenos a cualquier otra tradición. Es como si al heredar esta *filia* de la *sophía*, tan griega en sus raíces, heredáramos también un viejo prejuicio griego: cuenta la historia que para los antiguos griegos todo aquel que no era griego y por lo mismo no hablaba esa lengua, se le consideraba parte de los *barbaroi*, grupo que incluía a todos aquellos que eran diferentes. Sobra explicar las implicaciones que tiene el hecho de que este concepto que señala al otro, al diferente, termine señalando también al salvaje. Y es que las costumbres ajenas por lo general nos parecen salvajes, mientras que las propias, por salvajes que puedan ser, a base de hacerlas cotidianas, las encontramos bastante normales.

Aquella filosofía que nació en Grecia se desarrolló después en Europa: Alemania, Francia, Italia, España, Inglaterra y demás países europeos desarrollaron un diálogo en torno a los mismos problemas y maneras de filosofar más o menos afines. De ahí que aun la crítica y las más diversas corrientes filosóficas pertenecieron a una misma tradición: la tradición europea nacida en Grecia. Cualquier filósofo, dedicado ya sea a la ética, a la estética, a la epistemología o a la metafísica, ha leído a Platón. Y no sólo en cuanto a áreas de la filosofía, sino también en cuanto a las corrientes filosóficas, es esta una tradición común: analíticos, existencialistas, fenomenólogos o hermenéutas, todos han leído a Platón <sup>2</sup>.

Ahora bien, esa misma, esa pertenencia a una misma tradición puede hacerse patente únicamente cuando existe algo fuera de ella que es diferente: “lo otro”. En filosofía ese otro ámbito se ha formado a través de otros tipos de filosofía, aunque para ser más justos deberíamos de decir “otros tipos de pensamiento” que, en efecto, son filosofía aunque no se han llamado a sí mismos de ese modo. Y la actitud de los que nos hemos dedicado a “la filosofía” para con estos otros sistemas de pensamiento ha sido muy similar a la actitud de los griegos ante lo diferente. Si bien no llamamos “bárbaro” al pensamiento hindú, al chino o al japonés, sí lo excluimos del ámbito de nuestro estudio y le consideramos algo ajeno a la filosofía, algo que no resulta necesario estudiar.

Esa es la plataforma desde la que han surgido los estudios de filosofía comparada, esto es, los estudios que comparan el pensamiento occidental con el pensamiento oriental. Y denominar “orientales” a todas estas tradiciones es algo que, por supuesto, resulta cuestionable, por más de una razón. Primero, porque subsumimos bajo un mismo membrete múltiples universos por una sola razón: nos resultan ajenos. Por otro lado, llamamos “Oriente” a un vasto territorio desde lo que nosotros mismos hemos considerado “Occidente”. En ese sentido, la manera en que nos hemos referido a esa “otredad” delata ya el prejuicio con el que nos acercamos a lo otro. Sin importar qué tan diferente es una tradición de la otra, la

llamamos simplemente “oriental”, pudiendo llamarla, por ejemplo, “filosofía asiática”.

Además, el desconocimiento de todo aquello que hemos denominado “Oriente” no sólo nos hace ignorantes de aquellas tradiciones propias de Asia o de otros continentes, sino que nos ciega para ver la particularidad de nuestra propia tradición: ¿Qué conocemos los occidentales si sólo Occidente conocemos? Solamente podemos valorar en su justa medida el punto de partida del pensamiento occidental cuando nos admiramos ante el hecho de que existan otras tradiciones que tienen un punto de partida completamente diferente. Y sólo podemos comprender los problemas fundamentales de la filosofía cuando conocemos otras formas de pensar a las que de entrada les resulta impensable considerar a nuestros “problemas filosóficos” como tales.

Ese sería un primer sentido en que la filosofía comparada requiere de la interdisciplinariedad: requiere ampliar el ámbito de su estudio a otras formas de pensar que son consideradas una disciplina ajena a la filosofía clásica. Pero la interdisciplinariedad se requiere a un nivel aún más radical. Si seguimos con el ejemplo dado, veremos que para llevar a cabo un estudio de filosofía comparada resulta imposible atenerse únicamente al estudio del pensamiento filosófico ajeno. Porque, como occidentales, vivimos inmersos en la cultura occidental, y a la hora de hacer una comparación con otra forma de pensar, por ejemplo, con el pensamiento chino, lo más usual es subsumir ese pensamiento a las categorías propias de nuestra tradición. El resultado de ello es el empobrecimiento del pensamiento chino. Por eso resulta indispensable acudir a otras áreas como pueden ser la historia, la geografía o la antropología.

Tomemos tan solo un ejemplo. El capítulo 1 del *Daodejing*, y concretamente el renglón 5: “por eso, sin constantes deseos pueden verse maravillas <sup>3</sup>”. Tan sólo este renglón ha dado lugar a múltiples equívocos en la tradición occidental que estudia el *Daodejing*, y básicamente se debe a la falta de interdisciplinariedad. Veamos lo que sucede, pues es muy interesante. El concepto *yu*, “deseo”, se encuentra traducido correctamente, sin embargo, se trata de un concepto que difiere en todo en el mundo chino respecto al mundo occidental. De esta manera, los expertos sinólogos hacen bien en traducir *yu* por “deseo”, pero lo que no pueden tomar en cuenta, por no saber filosofía, es que filosóficamente el concepto “deseo” conlleva implicaciones muy diferentes para el filósofo occidental y para el filósofo chino, en tanto que este concepto, como muchos otros, está permeado por la concepción platónica del deseo. Para Lao Zi, así como para cualquier chino de la antigüedad, Platón no existió, de modo que esta tradición generó una idea diferente del deseo<sup>4</sup>. Para saber esto, el sinólogo tendría que estudiar filosofía y conocer al menos parcialmente la tradición platónica en torno al concepto de “deseo”, que es la que ha permeado

Occidente por siglos. En pocas palabras, cuando un chino dice “deseo” no tiene en mente lo mismo que los occidentales tenemos en mente al hablar al respecto.

Así pues, con base en lo hasta acá comentado, encontramos ya una doble ejemplificación sobre la pertinencia de la interdisciplinariedad. En primer lugar, encontramos la necesidad de salir de la propia perspectiva para poder valorar no solo otra perspectiva, sino incluso la propia. Este caso fue ejemplificado a través de un filósofo que al no conocer más que una sola tradición, termina por no saber valorar ni las otras tradiciones ni la propia. En un segundo lugar hemos mencionado el caso de un individuo que en efecto se aventura en una tradición diferente, pero hemos constatado cómo le resulta necesario internarse no solamente en ella, sino en otros aspectos relativos a ella, que son lo que le ayudarán a comprenderla. Ese caso lo ejemplificamos a través del sinólogo que a pesar de conocer a fondo su labor y es experto en ella, se torna incapaz de traducir correctamente un texto si no conoce el área respectiva a la cual pertenece el texto en cuestión.

Para concluir, aceptemos que la interdisciplinariedad se ha vuelto una moda, y por ello ha resultado trivial, no ha anclado profunda y honestamente en gran parte de los estudios académicos. Por lo general es más pretendida que realizada, y es más una especie de carátula para ciertos estudios que una honesta realidad. ¿Qué hacer? Considero que para anclar la interdisciplinariedad en el medio académico se requiere un compromiso más a fondo con ella, el cual solamente puede surgir de una toma de conciencia de la necesidad de ampliar la propia mirada hacia otros horizontes. Solamente al darse cuenta de lo imprescindible que resulta multiplicar las perspectivas y no encerrarse en una sola área ni en un sólo saber, se puede tomar con seriedad la interdisciplinariedad. Por eso gusto de parafrasear un bello poema de Emily Dickinson <sup>5</sup> que dice: multiplicar los muelles no disminuye el mar, y no sólo no lo disminuye, sino precisamente lo contrario; multiplicar los muelles posibilita ampliar la propia mirada sobre el mar; brinda nuevas atalayas desde la cuales ver el mismo mar, desde diferentes puntos de vista.

## NOTAS

- 1 Este tipo de estudios ha dado lugar a interesantes corrientes filosóficas. Por dar sólo un par de ejemplos, pensemos en la escuela de Kyoto, que resulta impensable sin atender al cruce de las dos tradiciones filosóficas: Occidente y Japón. El sinonietzscheanismo, por su parte, ha cruzado miradas entre el daoísmo chino y el pensamiento de Nietzsche. Este tipo de estudios ha generado una gran literatura filosófica gracias al East West Center de la Universidad de Hawaii.
- 2 No pretendo con esto homogeneizar formas tan diversas de filosofar, sino simplemente resaltar que todas ellas tienen un fondo común, el cual es interpretado de muy diferentes maneras.
- 3 El *Daodejing* suele también transcribirse como *Tao Te King* o *Tao Te Ching*. El citado renglón, dice: *gu heng wu yu yi guan qi miao*. La traducción más correcta sería: "Por eso, sin constantes deseos se conoce su maravilla", pero ya que por los límites de este escrito resulta imposible explicar a qué se refiere ese "su", lo hemos omitido. Este capítulo puede encontrarse en la edición bilingüe de Iñaki Preciado del *Tao Te Ching*, así como en la edición crítica de Anne Hélène Suárez. En inglés la más recomendable es la edición de Roger Ames y David Hall.
- 4 La concepción platónica del deseo, dicho sea de paso, varía sin lugar a dudas de un diálogo a otro, pero ninguno de ellos influyó en la tradición china, como sí lo hizo en la occidental.
- 5 Emily Dickinson, citado en Rivero Weber, *Alétheia. La verdad originaria*. UNAM, México, 2004, p. 47.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ames, Roger; Hall, David (2003), *A Philosophical Translation Dao De Jing "Making this life significant."* New York: Ballantine Books.
- Preciado Idoeta, Iñaki (2006), *Tao Te Ching. Lao Tse*. Madrid: Trotta, Colección Pliegos de Oriente.
- Rivero Weber, Paulina (2004), *Alétheia. La verdad originaria*. México: UNAM.
- Suárez, Anne-Hélène (2004), *Lao Zi. Tao te king*. Madrid: Ediciones Siruela.